

despreciable del más esforzado y atrevido campeón de la libertad intelectual; no hubiéramos visto tampoco al mismo individuo ya el primero en la vanguardia, ya el último en la retaguardia de su generacion; ni tendríamos necesidad forzosa de reconocer paladinamente que quien fué primero en clasificar la legislacion como ciencia, fué asimismo uno de los últimos ingleses que recurrieron á la tortura, y que quien primero indujo á los filósofos á consagrar su talento á la interpretacion de la naturaleza, fué asimismo de los últimos ingleses que vendieron la justicia; y por tal manera, despues de haber estudiado la vida de lord Bacon empleada tranquila, honrada y útilmente toda ella «en asiduas observaciones, en conclusiones lógicas, y en descubrimientos bienhechores (1),» daríamos de mano á nuestra obra muy de otra suerte que lo hacemos, apartando con repugnancia los ojos del abigarrado espectáculo que ofrece la confusa mezcla de tanta grandeza y de tanta pequeñez, de tanta gloria y de tanta infamia.

(1) «... in industrious observations, grounded conclusions, and profitable inventions and discoveries.» *Carta de Bacon á lord Burleigh.*

BURLEIGH Y SU ÉPOCA.

Memoirs of the Life and Administration of the Right Honourable William Cecil, lord Burleigh, secretary of State in the Reign of King Edward the Sixth, and lord High Treasurer of England in the Reign of Queen Elizabeth, containing an Historical view of the times in which he lived, and of the many eminent and illustrious persons with whom he was connected; with extracts from his private and official correspondence and other papers, now first published from the originals. By the Reverend EDWARD NARES, D. D., Regius Professor of Modern History in the University of Oxford. 3 vols, 4.^o—London, 1828—32 ().*

L.

La obra del Dr. Nares, que tenemos delante y cuyo título trascribimos íntegro á la cabeza de estas líneas, nos ha producido la misma sorpresa que al capitán Lemuel Gulliver, al desembarcar en Brobdingnac, ver espigas de trigo tamañas como encinas, dedos como cubos y jilgueros como pavos. Porque, á decir verdad, el libro todo y cada una de las partes que lo componen revisten proporciones gigantescas: el título contiene tanta lectura como

(*) El presente ensayo pareció el mes de Abril de 1832.—N. del T.

un prólogo, la introduccion como un libro, y el libro como una biblioteca, no siendo posible resumir los méritos de tan enorme cantidad de papel, sino es diciendo que consta de dos mil páginas en cuarto mayor, de letra menuda, que mide mil quinientas pulgadas cúbicas y que pesa sesenta libras inglesas. Acaso en tiempos anteriores al diluvio libros tamaños se reputarian por Hilpa y Shalum (1) lecturas de solaz y entretenimiento; no así en los nuestros, cuando la vida humana se halla encerrada en límites tan estrechos que no pasa de los setenta años; siendo por tanto demasia desafortada de parte de un autor pretender siquiera que consagremos á estudiar sus elucubraciones espacio relativamente largo, de relativamente corta existencia. Pues comparado el trabajo y la molestia de leer la obra del Dr. Nares con las mayores penalidades de los presidiarios ó de los negros africanos en los ingenios, se antojan éstas descanso y recreo.

Cuentan de un criminal italiano, á quien dejaron libre la eleccion de su castigo, entre ir á galeras ó leer á Guicciardini, que prefirió al remo el historiador; pero es fama que la relacion de la guerra de Pisa triunfó de sus propósitos, y que, dando entonces de lado á los libros, de su propio movimiento se hizo galeote. Mas á pesar de esto, y de que no es Guicciardini, si se considera, escritor ameno y agradable, comparado con el doctor Nares aparece nuevo Herodoto. Pero no es sólo en volúmen, sino en peso específico tambien en lo que las *Memorias* que nos ocupan exceden á toda otra produccion hu-

(1) Personajes de una novelita de Addison, publicada en el *Spectator* bajo el título de *Amores de Hilpa y de Shalum*.

mana, pues acerca de cada punto escribe triple que cualquiera otro, logrando que sea cada página suya más enojosa que tres de otro cualquiera, y que merced á repeticiones interminables, á episodios que ninguna relacion tienen con la accion general, á citas de libros que pueden hallarse hasta en gabinetes de lectura, y á reflexiones y consideraciones que, cuando por casualidad son justas y razonables, ninguna novedad ofrecen y se ocurririan á todo el mundo, adquiera la obra proporciones enormes. La verdad más trivial necesita para ser expuesta, desarrollada y defendida por él, más aparato y más lujo de palabras que otro escritor emplearia en sostener la mayor paradoja; y como no tiene idea siquiera de las reglas de la perspectiva histórica, sus cuadros carecen de primero y segundo término, viéndose así en ellos que las guerras de Carlos V en Alemania y las turbulencias de Escocia se describen tan circunstanciada y prolijamente como en la vida del Emperador por Robertson ó en la historia de Knox por Mac-Crie. Injusto sería negar que haya hecho el doctor Nares grandes investigaciones con mucha perseverancia; mas tambien daríamos señalada muestra de parcialidad no diciendo que carece por completo de las condiciones necesarias á poner en orden los materiales recogidos por él, y que mejor habria hecho para el caso dejándolos descansar en donde se hallaban.

II.

Pero ni los hechos descubiertos de la sagacidad del doctor Nares, ni los argumentos que aduce serán parte á reformar en nada esencial, á nuestro parecer, la opinion que ya tienen formada de su héroe quienes leen la historia con aprovechamiento. Porque clasificar á lord Burleigh entre los grandes hombres no es posible, habiendo sido siempre por naturaleza y por costumbre de aquellos que se dejan llevar de la corriente, no de los que encauzan y dirigen y cambian con el esfuerzo de su ingenio y de su energía la faz de los imperios. Pero si ninguna palabra ni obra suya de cuantas se recuerdan indica elevacion moral ó intelectual, en cambio fueron sus facultades eminentemente prácticas, ya que no brillantes, y sus principios ni más ni ménos rígidos que los de sus amigos y rivales, ya que no inflexibles. Era de carácter frio, de juicio sano, de grande aplicacion, y sobre todo de los que no apartan el pensamiento un sólo instante de su medro y conveniencia personal, negocio importantísimo y á su parecer el primero de todos. Gustábanle mucho las burlas cuando jóven; mas no por ellas mismas solamente, si que tambien por el partido y las ventajas que sacaba de las bufonadas. Recuerda su biógrafo con este motivo que, hallándose en Gray's Inn cursando derecho, jugó y perdió cuanto poseía, incluso los muebles de su cuarto y hasta sus libros. Vivía pared por medio con el ganancioso, y llegada que fué la noche, por un ventanillo que comunicaba las dos estancias, ahuecando la voz, comenzó á proferir tantas y tales y tan temerosas

amenazas de castigos eternos en la otra vida que ya fuera realmente por miedo de merecerlos, ya porque las voces de Roberto despertaran sentimientos más generosos en su alma, ya porque quisiera dormir tranquilamente, prometió restituir lo ganado, y así lo hizo muy de mañana al otro dia, con muestras de hallarse arrepentido y propósito de no volver á jugar. «Muchas otras cosas, dice un cronista de lord Burleigh, le oí contar tan festivas como esta; pero su extension no me consiente reproducirlas.» Roberto Cecil conservó hasta el fin de su vida grande aficion á las bromas, y Bacon da tambien testimonio de ello citando algunas de las mejores; pero demuestran más malicia que generosidad, y fueron dirigidas principalmente á exigir dinero y á justificar y razonar el cuidado que ponía en librarlo de asechanzas. Fuerza será decir tambien que así era prolijo y celoso de los intereses públicos como de los suyos propios, y que tan absurdo sería exagerar las virtudes y excelencias de su carácter moral, como representarlo avaro, malo y corrompido. Por lo demas, Burleigh no abandonó nunca un amigo sino cuando se hizo muy molesto sostenerlo; perseveró en el protestantismo, mientras no vió ventaja en ser católico; recomendó la política tolerante á su reina y señora, siempre que pudo hacerlo sin aventurarse á perder su gracia; no mandó al tormento sino las personas de quienes creyó poder conseguir por obra del martirio útiles declaraciones, y fué tan moderado en sus descos que sólo textó trescientas fincas rústicas, pudiendo haber dejado á sus herederos infinitas más, como dice muy bien su fiel servidor y cronista, «si hubiera tomado dinero del Tesoro para sus necesidades y uso particular á la manera de tantos otros tesoreros.»

III.

Del propio modo era Burleigh que su precursor en la cancillería, el marqués de Winchester, flexible como el sauce, no enhiesto y rígido como el cedro. Dióse primero á conocer defendiendo la supremacía de Enrique VIII, y despues medró con el auxilio y la proteccion del duque de Somerset, hallando más tarde la fórmula para no caer al propio tiempo que su padrino, y de representar importante papel en la administracion del duque de Northumberland en vez de quedar sepultado entre las ruinas de la anterior. Con este motivo, dice y repite el doctor Nares que la conducta de Cecil no es censurable, pues continuó en las mejores relaciones con Cromwell, argumento que no logra persuadirnos; que nosotros, á semejanza del sastre de Falstaff, necesitamos fiadores de más responsabilidad que Bardolph para sir John (1).

La conducta de Cecil en la infame intriga tramada en torno del lecho mortuorio de Eduardo VI se contrajo á evitar, primero el descontento del duque de Northumberland, y despues el de la reina Maria; y como experimentaba cierta repugnancia en firmar el acta en cuya virtud se mudaba el orden de la sucesion, y temia tambien las violencias de Dudley, árbitro del palacio real, buscó el medio de conciliar ambos extremos, y de satisfacer su conciencia y su cordura, suscribiendo, segun sus propias palabras, como testigo, no como parte. Fuera difícil dar cuenta de la pericia y habilidad demostradas

(1) Personajes del *Enrique IV* de Shakspeare.

en esta crisis tan azarosa por Cecil en términos más apropiados que lo hace Fuller, diciendo: «Firmó su mano como secretario de Estado; mas lo resistió su corazon, y aún se opuso resueltamente á ello, cediendo, al fin, á la grandeza de Northumberland en tiempos tales que se ahogaba quien no iba con la corriente. Pero del propio modo, añade, que á pesar de dirigirse los planetas del Este al Oeste impulsados del *primum mobile*, tienen otro movimiento contrario y propio, que los lleva del Oeste al Este, así tambien hacia entónces Cecil esfuerzos en direccion opuesta á las corrientes de la corte, y se afanaba para que prevalecieran sus buenos propósitos sobre las ambiciones del Duque.»

Ocasion fué aquella de mucho peligro, y acaso la más aventurada de la vida de Cecil, porque si en las restantes hubo siempre un refugio y á él se acogió, no así en la indicada, escueta de suyo y sin arrimo, y tal que ni podía permanecer indiferente, ni inclinarse hácia ningun lado sin exponerse á temerosas contingencias. Así lo comprendió el sagaz político, y se preparó á todas las eventualidades, enviando el peculio y la plats labrada que poseia fuera de Londres, otorgando testamento y presentándose armado en todas partes y dispuesto á rechazar la fuerza con la fuerza, ó al ménos á vender cara su vida. Pero su mejor defensa no consistia en el acero, sino en su sagacidad y su imperio sobre sí mismo, y por tanto, al acabar la odiosa y absurda conjura en la cual participó, mal de su grado, con la ruina de sus autores, como necesariamente debia de concluir, él supo desasirse á tiempo y sin ruido, logrando así servir, unos en pos de otros, al rey Enrique y los duques de Somerset y de Northumberland, y prosperar bajo el amparo de la reina Maria.

IV.

No aspiraba Cecil á la corona del martirio, y de consiguiente confesaba y cumplía con la Iglesia en Wimbledon, y tenía capellan á mesa y mantel para la mejor dirección de sus negocios espirituales. El doctor Nares, cuya simplicidad aventaja con exceso la de cuantos casuistas conocemos, defiende á su héroe, afirmando que no hacía esto por superstición, sino lisa y llanamente por hipocresía. «Es innegable, dice, que se *conformó* (1) hasta cierto punto; mas también estamos persuadidos de que durante reinado tan azaroso cual fué todo el de María, no perdió nunca la esperanza de otra revolución favorable al protestantismo.» Más adelante añade que «Cecil no fué nunca movido de propósitos idolátricos á misa.» Nadie, que sepamos al ménos, ha formulado jamás este cargo á lord Burleigh, pues si de algo se le acusa es precisamente de no haber tenido intenciones de idolatría, y por lo que á nosotros respecta no lo hubiéramos censurado tampoco si hubiese ido á la iglesia de Wimbledon animado del espíritu católico para orar sincera y devotamente al pie de los altares. Parecerá extraño, por tanto, que quien trata en diversos lugares de su obra con severa justicia de la casuística de los Jesuitas, y con admiración no ménos justa de las cartas incomparables de Pascal, adopte y siga en toda su latitud la jesuítica doctrina de la dirección de las intenciones.

(1) Con la palabra *conformist* designan los ingleses al sometido á la Iglesia que sostiene el Estado en su país.—N. del T.

No censuramos á Cecil por no haber querido ir á la hoguera; pero si diremos que la mancha indeleble impresa en su memoria proviene de que cuando fué poderoso y ejerció en las esferas del Gobierno influjo extraordinario, sacrificó sin escrúpulo la vida de otros hombres á diferencias de opinión por las cuales nada quiso exponer nunca. El Dr. Nares alega para disculpar á Burleigh de haberse *conformado* durante la época de María con las ceremonias de la Iglesia católica, la suposición de que tal vez fuera de igual modo de pensar en órden al caso que los protestantes alemanes llamados adiaforistas, y que reputaban los ritos de Roma cosa indiferente. Melancthon opinaba como ellos, y segun el Doctor, áun fué más léjos todavía que lord Burleigh, sin merecer censuras por ello. No sólo como disculpa, sino como justificación completa de Cecil, aceptaríamos lo expuesto si hubiera sido adiaforista el Canciller para bien de los demas, al propio tiempo que suyo; pero si son los ritos católicos de tan escasa importancia que pueda el buen protestante observarlos por egoismo y atendiendo sólo á su seguridad personal, ¿será justo, ni siquiera humano, ahorcar ó descuartizar al católico que los practica por cumplir con su deber? Cuestiones son estas secundarias; mas entónces se tornaron principallsimas, y fueron negocio de vida ó muerte; y precisamente cuando Cecil se hallaba en la plenitud del favor, el Parlamento votó una ley en cuya virtud debían aplicarse iguales castigos que á los reos de lesa majestad á los que hicieran por convicción aquello mismo que hizo él por cobardía.

V.

Al comenzar el reinado de María recibió Cecil una comision no muy conforme con el carácter del protestante celoso, y fué la de acompañar al legado del Papa, cardenal Pole, de Bruselas á Lóndres. Pero si la mayor parte de las personas de ideas templadas, y que daban más importancia que á los puntos controvertidos entre las Iglesias al reposo y tranquilidad del reino, ponian toda su esperanza en la sabiduría y prudencia del buen Cardenal, por lo que á Cecil respecta cultivó con mucho esmero su amistad para sacar grandes medros y adelantos personales de su proteccion.

No obstante, la mejor y más eficaz y valiosa proteccion la debió Cecil durante la época desdichada de la reina María á su propia prudencia y á su carácter; prudencia que lo tuvo siempre vigilante y prevenido, y carácter que nada fué parte á exaltar en ningun caso, y por tal modo, miéntras no dió pretexto siquiera para que los católicos lo atacaran, conservó el afecto y la buena voluntad de aquellos austeros protestantes que ántes consintieron en expatriarse que no en retractarse; se adhirió á la causa de la heredera perseguida del trono, y adquirió derechos á su gratitud y confianza, sin dejar por eso de recibir señaladas muestras de favor por parte de María; y aunque se puso en la Cámara de los Comunes al frente del partido contrario á la corte, fué su lenguaje tan circunspecto y mesurado siempre, que al ser reducidos á prision muchos de los que obraban de concierto con él, su persona quedó á salvo.

Murió al fin María; le sucedió Isabel, y con esto Cecil llegó al colmo de los honores sin más tardanza; prestó juramento como consejero privado y secretario del despacho en manos de la nueva soberana cuando todavía estaba en la prision de Hatfield, y continuó sirviéndola durante cuarenta años consecutivos en los empleos más principales; lo cual no es de extrañar teniendo en cuenta que reunia las condiciones necesarias de carácter para estacionarse y vegetar largo tiempo en las esferas del poder. Porque Cecil pertenecía bajo este aspecto á la clase de los Pelham, de los Walpole y de los Liverpool, no á la de los Saint-John, de los Carteret, de los Chatham y de los Canning; y de no haber sido así, de haber sido emprendedor, animoso y original, no hubiera podido conservar las riendas en la mano y acaso tampoco la cabeza sobre los hombros, pues en el mismo Gobierno, siendo reina Isabel, no quedaba espacio para ella y un Richelieu: que la hija orgullosa y altanera de Enrique VIII habia menester de un ministro moderado, circunspecto, flexible, hábil en el manejo de los negocios, y apto, prudente y discreto en el consejo, pero sin aspiraciones á imponer su opinion ni ambicion de mando. Y como Cecil reunia todas estas circunstancias, nada fué nunca eficaz á quebrantar ni mermar la confianza que inspiró siempre á su Reina y señora, viéndose por tanto que ni las intrigas cortesanas mejor urdidas, ni la influencia de Leicester y de Essex, cuya galanura y talento impresionaron la imaginacion y acaso los sentidos de la mujer, pudieron nunca privar de su valimiento al Tesorero. Bien es cierto que á veces lo trataba con dureza en momentos de mal humor; mas lo es así mismo que se complacia honrándolo y distinguién-

dolo; que con él no era, según su costumbre, avara de riquezas y dignidades; que por él infringió la rigurosa y absurda etiqueta de su tiempo, y de la cual no prescindía con ninguno, y que mientras aquellos personajes á quienes dirigía la palabra ó miraba siquiera se prosternaban á sus piés, para Burleigh habia licencia de sentarse, y de esta suerte asistía el anciano ministro, que sólo era de nacimiento hidalgo del condado de Lincoln, á las audiencias en que los altivos descendientes de los Fitzalan y de los Vere, hablaban puestos casi de hinojos. Después de sobrevivir á todos los coadjutores y rivales de su juventud, murió colmado de días y de mercedes. Isabel lo visitó en su postrera enfermedad, consolándolo con palabras llenas de afecto, y el poder que habia ejercido pasó sin gran menoscabo de sus manos á las de su hijo, educado en su escuela y digno discípulo de tal maestro.

VI.

La vida de Burleigh abarca una de las épocas más importantes de la historia del mundo, y da la medida exacta del tiempo en que la casa de Austria ejerció indisputable superioridad y aspiró á la dominación universal; como que Carlos V enfió la corona del imperio el año del nacimiento de Burleigh, pasando de esta vida el célebre ministro de la reina de Inglaterra también el mismo año en que los grandiosos designios que trajeron perturbada la Europa cerca de un siglo, quedaron sepultados en el féretro del rígido y adusto Felipe II.

La vida de Burleigh abarca de igual modo la época en que se verificó una revolución moral impor-

tantísima, cuyas consecuencias se hicieron sentir no sólo en los gabinetes de los príncipes, sino hasta en los hogares de la mitad del mundo cristiano, pues nació cuando comenzaba el gran cisma religioso, y vivió lo bastante para verlo consumado, y trazada entre la Europa protestante y la católica una línea divisoria que ha sufrido pocas y leves modificaciones después de su muerte.

VII.

El único acontecimiento de los tiempos modernos que pueda ser comparado con la Reforma, es la Revolución francesa, ó, para expresarnos más puntualmente, la gran revolución entre las tendencias y aspiraciones políticas que tuvo lugar el siglo xviii en casi todos los pueblos del mundo civilizado, y que alcanzó en Francia su triunfo más espléndido y famoso. Ambos memorables sucesos deben considerarse como rebeliones de la razón humana contra castas determinadas, siendo el primero lucha de los seglares contra el clero para conquistar la libertad intelectual, y el segundo del pueblo contra la nobleza para conquistar la libertad política. En ambos casos, el espíritu innovador se vió empujado, por decirlo así, á la guerra, por las clases mismas á las cuales debia dar tan tremendo golpe: Federico II, Catalina, José II y los magnates franceses protegieron la filosofía que se hizo formidable á su amparo y luego amenazó derribar todos los tronos y aristocracias de la Europa; y la pasión veheméntísima que se advertia en todas partes á fines del siglo xv y principios del xvi hacía los estudios liberales, se vió estimulada por los jefes de la misma Iglesia que

tan mal parada quedaria despues por consecuencia de los estudios liberales. En ambos casos fué tan violenta la explosion producida de las nuevas ideas, que puso miedo y apartó de ellas á muchos de sus ántes celosísimos propagadores; como que la violencia del partido democrático en Francia hizo de Alfieri un cortesano y de Burke un *tory*; y la violencia del cisma de Lutero tornó á Erasmo en defensor de los abusos y á Tomás Moro en perseguidor. En una y en otra circunstancia, la convulsion que dispó inveterados errores, conmovió hasta sus cimientos los principios en que descansa la sociedad; el humano espíritu se apartó del camino que debía seguir; hubo un espacio durante el cual pareció que la moralidad y el orden perecerian juntamente con las preocupaciones que fueron sus íntimas compañeras por tanto tiempo; cometieronse horrendas é innumerables crueldades; quedó confiscada en Europa una masa enorme de propiedad; todas las naciones dieron asilo á la muchedumbre de los emigrados, y los hombres inquietos y atrabiliarios, de parciales celosos pasaron á ser exaltados propagandistas y fanáticos apóstoles. Y del propio modo que las agitaciones políticas del siglo xviii produjeron los Jacobinos, las agitaciones religiosas del siglo xvi dieron el sér á los Anabaptistas; y así como los partidarios de Robespierre cometieron robos y asesinatos en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, los discípulos de Kniperdoling robaron tambien y asesinaron en nombre de la libertad cristiana. El patriotismo apenas si existia ya en mucha parte de Europa; las antiguas máximas de política exterior habian cedido á otras nuevas; fronteras morales, por decirlo así, reemplazaban las materiales; los pueblos contendian y luchaban

con nuevas armas, tan formidables que no era eficaz á resistirlas ningun baluarte por inexpugnable que lo hubiera hecho el arte ó la naturaleza; con armas tales, que á su vista se abrian y apartaban las aguas dejando enjuto el paso como el Jordan, y las murallas se desplomaban como las de Jericó, aconteciendo que los generales de mar y tierra contesaban á veces, como el ángel guerrero de Milton, que no podian rechazar la invasion de las ideas con obstáculos materiales (1). Europa estaba dividida del propio modo que Grecia en la época descrita por Tucídides; y la lucha empeñada, no era, como en los tiempos ordinarios, de pueblo á pueblo, de nacion á nacion, de Estado á Estado, sino entre bandos que se hallaban en todas partes frente á frente, vencedores en una parte, vencidos en otra, opresores y oprimidos; pero guerreando siempre, abierta ó secretamente, y sosteniendo la lucha en el seno de todas las sociedades. Los hombres no se preguntaban si eran compatriotas, sino si eran correligionarios, y el espíritu de partido exaltaba de tal modo los ánimos, que parecia justificar y hasta consagrar ciertos actos reputados en toda otra ocasion por infames traiciones; como que á virtud de él no se avergonzaban los emigrados franceses de llevar á Paris los húsares austriacos y prusianos, ni los demócratas irlandeses ó italianos de servir al Directorio frances contra el Gobierno de su patria. Lo propio aconteció el siglo xvi, pues entónces los bandos teológicos, de igual suerte que los bandos políticos en la época revolucionaria, dejaron en suspenso todas las animosidades y pasiones y celos

(1)

•To exclude
Spiritual substance with corporeal bar. •

nacionales, viéndose por tanto que los Ligueros llamaron á los españoles, y los Hugonotes á los ingleses para que invadieran la Francia, su patria comun.

VIII.

Léjos está de nuestro ánimo atenuar ó paliar los crímenes y excesos producidos el siglo pasado por el espíritu democrático; pero cuando vemos que hombres celosísimos por la religion protestante representan la Revolucion francesa como radical y esencialmente mala en virtud de sus crímenes y excesos, no podemos ménos de recordar que sus antepasados no consiguieron redimirse de la servidumbre espiritual sino en virtud «de plagas, signos, milagros y guerras;» que así en la Reforma como en la Revolucion francesa los hombres que se levantaron contra la tiranía religiosa ó política se hallaban profundamente penetrados de los vicios y males que la tiranía engendra; y que libelos tan escandalosos como los de Hébert, mascaradas tan absurdas como las de Anacarsis Klootz, y crímenes tan bárbaros como los de Marat, han manchado la historia del protestantismo. Pero si la Reforma es suceso pasado mucho há; si las llamaradas del volcan se han extinguido; si los desastres causados por la erupcion ya no se recuerdan; si las lindes que derribó al desbordar se han restablecido; si los campos asolados por su lava se han fecundizado con ella, y, despues de trasformar amenos y frondosos jardines en desiertos, ha convertido los eriales y los páramos en paraísos donde toda fecundidad tiene su asiento, la segunda erupcion no ha terminado, sus

cenizas quemán todavía nuestras plantas, y la lluvia de fuego continúa en diferentes direcciones; mas la experiencia nos da derecho á creer que, cual la primera fecundizará lo mismo que devasta. Tanto es así, que ya se advierten manifiestas señales de prosperidad en las regiones que más sufrieron del estrago, y con esto los hechos presentes confirman las palabras de la historia. Porque cuanto más atendemos á sus enseñanzas, cuanto más nos fijamos en las lecciones de los siglos pasados y las comparamos á los signos que se advierten al presente, más sentimos dilatarse y abrirse nuestro corazón á la esperanza en los futuros destinos de la humanidad.

IX.

La historia de la Reforma en Inglaterra está llena de problemas extraordinarios, siendo el más extraño el contraste singular que ofrece la fuerza inmensa del Gobierno y la debilidad de los partidos religiosos. Porque durante los doce ó trece años que siguieron á la muerte del rey Enrique VIII cambió tres veces de religion el Estado; instituyéndose alternativa y sucesivamente por Eduardo el protestantismo, la Iglesia católica por María y el protestantismo de nuevo por Isabel. Aún hay más. Pues como entónces Iglesia establecida fuera equivalente de Iglesia perseguida, Eduardo persiguió á los católicos; á los protestantes, María; Isabel de nuevo á los católicos, y el padre de los tres á unos y á otros al propio tiempo, enviando al cadalso al hereje que negaba la presencia real y al traidor que negaba la supremacía régia. Nada hubo en Inglaterra parecido

á la furiosa y sangrienta oposicion que cada una de las facciones religiosas hizo en Francia sucesivamente al Gobierno; como que no tuvieron los ingleses ni Coligny, ni Mayenne, ni Montcontour, ni Ivry; ni tampoco ninguna ciudad de Inglaterra arrojó el hambre y los rigores de un asedio por la doctrina reformista con el valor de la Rochella, ni por la católica con el valor de Paris; ni una ni otra colectividad formó en Inglaterra una Liga, ni exigió abjuraciones de su monarca, ni ménos recabó ser tolerada por el soberano que no la era propicio. Despues, los protestantes ingleses, al cabo de algunos años de dominacion, cayeron sin lucha bajo el yugo de María; y á su vez los católicos, á pesar de haber reconquistado su antigua supremacía y abusado de ella, se sometieron pacientemente á la tiranía de Isabel. Ni protestantes ni católicos concibieron, ni ménos se empeñaron en planes de resistencia vastos y bien organizados, quedando todo reducido á motines, tumultos y desórdenes sofocados al nacer, y á conjuraciones tramadas por muy escaso número de hombres; que no más hicieron en sus mayores empresas los aliados á uno y otro bando para reconquistar el más sagrado de los derechos del hombre, usurpado por la tiranía más odiosa.

X.

La explicacion que se da generalmente de este fenómeno es sencilla, mas no satisfactoria, pues dicen que aconteció así por efecto de hallarse á la sazón en la plenitud de su fuerza política el poder de la Corona; lo cual, en nuestro sentir, nada explica ni re-

suelve, ni ofrece tampoco novedad, siendo moda introducida [por Hume describir la monarquía inglesa en el siglo xvi como absoluta. Pues si bajo este aspecto puede aparecer á observadores superficiales, no así á quien estudie la historia con atencion y detenimiento. Porque si bien es cierto que Isabel empleaba con sus Parlamentos un lenguaje tan altanero é imperioso como el que pudiera usar el Gran Turco dirigiéndose á su Consejo; que castigaba severamente á los individuos de la Cámara de los Comunes que á su parecer discutian con sobrada libertad; que asumia el poder legislativo; que así encarcelaba y retenia largo tiempo aprisionados á sus vasallos sin sujetarlos á formacion de causa, como se valia del tormento, á pesar de las leyes de Inglaterra, para obtener revelaciones; que no podia ser mayor el predominio de la Cámara Estrellada y de la Comision eclesiástica; que las disputas políticas y religiosas ofrecian gran dificultad, cuando no peligro; que se halló limitado por algun tiempo el número de prensas de imprimir; que ninguno podia publicar nada sin licencia, y que las obras habian de someterse á la censura del primado ó del obispo de Lóndres; que los autores de papeles ofensivos á la corte morian como Penry ó eran mutilados como Stubbs; que los *desconformes* sufrían severísimos castigos; que la Reina prescribia exactamente las reglas de la fe y de la disciplina, y que quien se apartaba de ellas en cualquier sentido que fuera, incurria en penas rigurosas; si bien fué así aquel Gobierno, tambien lo es que la inmensa mayoría de sus súbditos lo amaba; que durante las terribles luchas del siglo xvi ambos bandos enemigos hablaron de la época de Isabel como de la edad de oro; y que la memoria de la gran Reina cuyos despojos descansan

siglos há en la capilla de Enrique VII, es todavía objeto de veneracion y cariño para el pueblo inglés.

La explicacion de esto consiste, á nuestro parecer, en que la esencia del gobierno de los Tudors era popular, si bien su forma revestia todos los caracteres del despotismo, pues á primera vista se anloja que las prerogativas de Isabel no desmerecian de las de Luis XIV, que sus Parlamentos fueron tan obsequiosos como los del monarca frances, y que el *warrant* (1) de la una equivalia en sus efectos á las *lettres de cachet* (2) del otro. Pero si la extravagancia de los elogios que prodigaban á la Reina sus cortesanos, alabando sus prendas personales é intelectuales, excedian las adulaciones de Boileau y de Molière, y si Luis se hubiera ruborizado al recibir muestras de obediencia y sumision tan ostensibles de parte de sus palaciegos de Versalles y Marly como exigia la orgullosa inglesa de cuantos se le acercaban, el poder de Luis XIV descansaba en el ejército, y el de Isabel en el pueblo únicamente. De aquí que cuando lo califican algunos de absoluto lo hagan sin advertir en qué consistia ni qué lo constituia en realidad, pues no constaba de otras partes sino de la obediencia voluntaria de sus vasallos, de su fidelidad á la persona y oficio de la Reina, de su respeto hácia la familia tan ilustre de sus antepasados, y del convencimiento universal de la seguridad que gozaban bajo su gobierno. Hé aquí la única fuerza de que disponia la reina Isabel para poner en ejecucion sus decretos, resistir á los enemigos exteriores y vencer y sofocar las conjuras intestinas. Tanto es así, que no habia barrio de Lón-

(1) Autorizacion especial.

(2) Orden reservada.

dres que no hubiera podido rendir al puñado de guardias que tenía la casa real; y que si monarcas enemigos amenazaban con invasiones, ó magnates ambiciosos se levantaban en actitud rebelde, todos los medios de resistencia del Soberano estaban limitados á las milicias de su capital y al ejército de sus condados, á los burgueses y á los terratenientes de Inglaterra, mandados por comerciantes y propietarios del país.

Por esta causa, cuando tuvo noticia el Gobierno de los grandes preparativos que hacia Felipe II para invadir á Inglaterra, la primera persona á la cual pensó dirigirse en demanda de auxilios fué al alcalde de Lóndres, rogándole manifestase los subsidios con que la ciudad sería servida de ocurrir á la defensa del reino contra los españoles. Congregados los concejales, acordaron preguntar á su vez qué deseaba S. M. y en qué forma, y habiéndose contestado que quince navíos y cinco mil hombres, despues de madura deliberacion rogó «respetuosamente la municipalidad que aceptara la Reina en testimonio de amor y lealtad treinta navíos tripulados y pertrechados de todo lo necesario y diez mil hombres.»

XI.

Un pueblo que daba tan señalada muestra de adhesion al soberano, y tan alto ejemplo de patriotismo, no podia ser mal gobernado impunemente. Por eso los ingleses del siglo xvi constituian un pueblo libre, y si carecian de las apariencias de la libertad, la poseian realmente; no tenian tan buena ley fundamental como nuestros contemporáneos,